



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 60 – 27 de Octubre de 2015

ESPECIAL

José Antonio, hoy (2 de 6)

1. **Presentación del Acto de Afirmación Nacional**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **José Antonio, un universitario contemplado hoy**, *Juan Velarde Fuertes*
3. **Nada de un párrafo de gracias**, *Mario Caponnetto*
4. **Estilo brillante, culto y sencillo de un joven intelectual**, *Arnaud Imatz*
5. **José Antonio, símbolo y signo de España**, *María Lilia Genta*

Presentación del Acto de Afirmación Nacional

Emilio Álvarez Frías

Hoy, para acercarnos al Teatro de la Comedia de Madrid, tendríamos que adentrarnos en lo que se ha clasificado como «Barrio de las Letras». Sin duda una de las zonas más añejas de la Villa y Corte, la de la intelectualidad del Siglo de Oro que se prolongó durante siglos hasta nuestros días, pues continúa siendo el «centro» del Madrid cultural. Aunque con el paso de los años han sido sustituidas las tabernas, bodegas, pensiones y tugurios de diferentes tipos y condiciones por establecimientos pertrechados de cuanto puede encontrar el turista que visita la capital del reino. Incluso no viene mal recordar que este «Barrio de las Letras» tenía, en aquellos viejos tiempos de capa y espada, en la calle León, uno de los tres «Mentideros de la Villa», el conocido como «Mentidero de representantes», lugar de encuentro de escritores, artistas, menestrales, y público en general, donde se hablaba de lo divino y de lo humano, criticaba y cotilleaba sobre los acontecimientos de la Villa, así como de lances caballerescos, de amores y desencuentros, incluso, en ocasiones, lugar en el que se contrataba a sicarios para que aplicaran algún correctivo a persona no grata a algún perjudicado, normalmente de posición acomodada el contratante. Podríamos decir que el «Mentidero» era la representación en vivo de los medios de comunicación actuales, en sus diversas modalidades, excepto en la información deportiva que, suponemos, no existía por aquellas calendas.

No viene mal recordar que en Madrid había tres lugares de este tipo. De cuestiones generales, incluso lo relacionado con los acontecimientos militares tan en boga de la soldadesca de los Tercios que andaban repartidos por Europa, era el «Mentidero de las Gradass de San Felipe», situado en el convento de San Felipe Neri, en la confluencia de la calle Mayor con la Puerta del Sol, construido en 1546 y demolido en 1836, después del deterioro sufrido en el incendio de 1818 y la posterior y desastrosa desamortización de Mendizábal, una de las acciones más nocivas que España ha padecido contra el patrimonio artístico, fundamentalmente el arquitectónico. Sin despreciar las barbaridades cometidas durante la invasión francesa, los

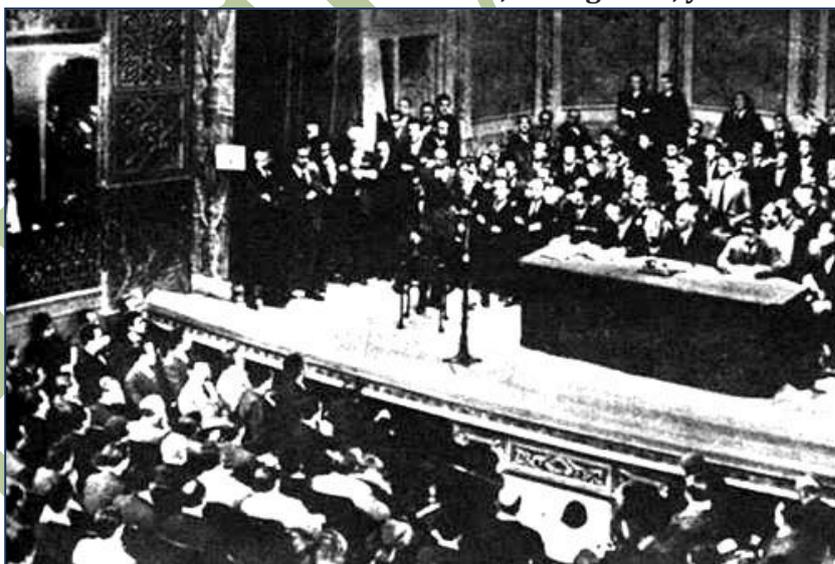
preludios de la Guerra Civil de 1936, ni los resultados que la Ley de Memoria Histórica están ocasionando.

El tercer «Mentidero» era el de las «Losas de Palacio», que se encontraba frente al Real Alcázar, mandado destruir en su momento por José I Bonaparte, y sobre cuyo terreno surgió la Plaza de Oriente. Este mentidero era el lugar visitado con asiduidad por quienes aspiraban a ser favorecidos por la realeza, amén de los que tenían la ilusión de ver en carne mortal a algún miembro de la familia reinante. Digamos que era el lugar ideal para los que hoy calificaríamos de «trepas» o de quienes brujulean para entrar a formar parte de alguna de las varias «jóvenes generaciones» que ofrecen hoy los partidos políticos.

Comentábamos que para aproximarse al Teatro de la Comedia tendríamos que adentrarnos en el «Barrio de las Letras» donde, sin duda, todavía, y a pesar de la desamortización, los incendios provocados por la chusma en los años treinta, los vaivenes de los consistorios madrileños en cuanto a la conservación del patrimonio artístico y cultural, la invasión de los establecimientos de ocio nocturno, y algún otro desmán, se conserva el recuerdo de tiempos lejanos en un constante mejoramiento.

El Teatro de la Comedia fue un bastión de la cultura desde 1875, fecha de inauguración por Alfonso XII. Como no podía ser menos, por aquellos pagos ya existieron anteriormente «corrales de comedias» donde se representaron obras de Lope, Calderón, Tirso de Molina, Zorrilla, Moratín y, cómo no, Cervantes. Uno de los «corrales» fue el de la «Cruz», del siglo XVI, y otro el del «Príncipe», del XVII, sobre el que posteriormente se levantó el Teatro Español.

Como decíamos, el Teatro de la Comedia fue inaugurado en 1875, siendo reconstruido en 1915 tras un devastador incendio. En él se mantuvo la actividad teatral hasta 2002, fecha en la que fue cerrado para su modernización y mejora, abriendo de nuevo sus puertas el 15 de octubre de 2015.



Durante su dilatada vida fueron muchos los autores que estrenaron en este templo de la comedia, e innumerables los cómicos eximios que pisaron sus tablas. Pero, además, durante el siglo XX ha dado entrada a tres acontecimientos de otro cariz. En 1914, el filósofo y ensayista José Ortega y Gasset dicta una conferencia bajo el título «Vieja y nueva política»; en 1919 celebra sesión la Conferencia Nacional del Trabajo en la que se acuerda la adhesión a la Internacional Comunista; y el 29 de octubre de 1933 tiene lugar el acto convocado bajo el lema de Afirmación Nacional, en el que figuran como oradores Alfonso García Valdecasas, reconocido jurista y catedrático de Derecho; Julio Ruiz de Alda, capitán del Ejército, quien había participado en la epopeya del «Plus Ultra» realizando el primer vuelo entre España y América, de Palos a Buenos Aires, junto con el comandante Ramón Franco, el teniente de navío Juan Manuel Durán, y el mecánico Pablo Rada; cerrando el acto José Antonio Primo de Rivera, joven abogado que se movía con soltura en los cenáculos políticos, culturales y sociales, e hijo del Dictador Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, bajo la presidencia de Narciso Martínez Cabezas, conocido como «el abuelo» en las tertulias madrileñas, entre ellas la «Ballena Alegre», y concejal del Ayuntamiento de Madrid.

La convocatoria concitó una nutrida asistencia del «todo Madrid» en el coliseo de la calle del Príncipe: literatos, políticos, jóvenes revolucionarios, profesionales liberales, alta sociedad,

académicos, y gente inquieta del común de los madrileños que, fundamentalmente, deseaban escuchar lo que en aquellos días revueltos y confusos tenía que decir el joven José Antonio. Y no defraudó al respetable. Supo decir, con claridad, unas cuantas ideas madre que eran las que probablemente deseaban escuchar los españoles. Lo hizo con contundencia y claridad, apuntó un nuevo estilo de expresarse e incluso de ser, con lo que rebulló el ánimo de los asistentes, las tertulias y los mentideros. Aunque la fundación de Falange Española tuvo lugar días después, se considera que el Acto de Afirmación Nacional es el momento de su fundación.

En 1971 el pueblo de Madrid consideró que, como en otros lugares donde nació o vivió algún prócer, o tuvo lugar un acontecimiento señalado, en el Teatro de la Comedia debería haber una lápida que recordara el acontecimiento. Y así se hizo, con la siguiente alocución del entonces Gobernador Civil de Madrid, Jesús López Cancio, quien dijo:

Muchas son, ciertamente, las fachadas madrileñas que pregonan los acontecimientos de la vida de personalidades ilustres, pero sólo unos pocos monumentos pueden parangonarse con este sencillo recordatorio de que aquí, precisamente aquí, nació el noble intento de una España nueva.

Porque esta lápida que ofrendáis a José Antonio trasciende de su personal biografía, se hace memoria del empeño de una generación y se convierte en acicate y guía de cuantos deseen enderezar su insatisfacción social hacia el mejor servicio de una España auténtica y moderna, digna y universal, fuerte y justa.

Porque la voz de José Antonio fue aquí un primer análisis del pasado, de las ideologías imperantes y de la comunidad misma, llenó de intuiciones, estilo, claridad y afirmaciones, insólitas en aquellos tiempos de disolución y parcialidades suicidas. Fue una convocatoria para las coincidencias fundamentales. Fue el paso al frente de un intelectual que abandonó la soledad de su castillo especulativo, sus dudas inteligentes, y se lanzó al servicio de su patria, pregonando fe y voluntad en unos «queremos» que movilizaron a la juventud española de entonces.

Desde esta decisión, José Antonio, en contacto con el pueblo, enriqueció sus ideas y fortaleció su ánimo, hasta culminar su pensamiento político en el gran discurso del Cine Europa. Pensamiento y vida que signó con la autenticidad de su entrega y sacrificio, inmortalizados en losa austera y unitiva del Valle de los Caídos.

La voz y el ejemplo de José Antonio constituyen un discurso inacabado y un truncado servicio, una malograda posibilidad, que exige de nosotros algo más que la mera repetición de todas sus afirmaciones iniciales; exige sí la intransigencia de cuanto certeramente señaló como fundamento político de nuestra comunidad, pero exige también la búsqueda de nuestras respuestas válidas para los problemas de cada hora, de cada tiempo.

Porque él no quiso programas rígidos, cómodos recetarios, sino gallardía y firmes



criterios, nosotros tenemos que usar de nuestra libertad y responsabilidad en busca de la realización de la sociedad armoniosa, justa y progresiva que él ambicionó.

En este caso se rinde homenaje también a las escuadras.

Naturalmente, siguiendo la tónica en sentido negativo de los signos de los tiempos, las obras realizadas durante trece años justificaron la retirada de la citada lápida conmemorativa.

Para redondear estas imágenes que ofrecemos a nuestros lectores, y aunque sea sobradamente conocido por la mayoría, incluimos en estas páginas el discurso pronunciado por José Antonio en esa fecha. Eso es lo que dijo en 1933. Pero ¿qué diría hoy si estuviera entre nosotros? ¿Cómo enfocaría las ideas que actualmente mueven al mundo? ¿Qué ofrecería a los españoles? ¿Encontraría justa la alta tasa de paro, los beneficios abusivos del capital en momentos tan duros como ha pasado España últimamente, el comportamiento de los partidos políticos, la falta de honradez de unos y otros, la estafa que son los sindicatos en nuestros días, etc.?

Ni se nos ocurre actuar de oráculos trasponiendo sus palabras de ayer en una adecuación al momento actual.

Pero sí nos hemos atrevido a recopilar trabajos de diferentes colaboradores que, habiendo asimilado el discurso del Teatro de la Comedia, pueden presentarnos, desde la óptica actual, unas reflexiones sobre los temas tratados en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, a pesar de que, siendo un tiempo radicalmente distinto de aquél, se repiten hechos, circunstancias e ideologías de entonces que, lógicamente, deberían haber desaparecido por obsoletas, siendo sustituidas por otras nuevas y más actuales a tenor del discurrir de los años y la evolución intelectual de los hombres.

José Antonio, un universitario contemplado hoy

Juan Velarde Fuertes

Catedrático. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Desde luego, el discurso del Teatro de la Comedia de 29 de octubre de 1933, tiene que ser contemplado para comprender la personalidad de José Antonio, y en ese sentido, su examen debe comenzar por lo que le explica. Conviene en ese sentido, tener en cuenta lo que me relató un día Alfonso García Valdecasas, con quien tuve largas sesiones de conversación sobre la historia española contemporánea. Me indicó que al salir del Teatro de la Comedia había preguntado a José Antonio por qué había hablado de la «dialéctica de los puños y las pistolas», que en principio tenía que ser ajena a aquel Movimiento Español Sindical, que entonces nacía, y que a través de Valdecasas, trataba de recoger el mensaje, entre otros, de Ortega, lanzado para preparar la llegada de la II República, y modificado por éste al observar el pésimo planteamiento que, a partir del 10 de abril, desarrollaba. Esa organización política de Ortega, se había centrado en Valdecasas, y a través de éste pasaba, en el verano de 1933, a la organización inicial, por José Antonio, del Movimiento Español Sindical. La contestación de José Antonio según Valdecasas fue: -«Se me escapó dentro de la marcha dialéctica del discurso, e inmediatamente casi, también lo lamenté. Porque me he dado cuenta que va a ser empleado contra mí, como sucede, por ejemplo, con Azaña y eso de que “España ha dejado de ser católica”. Lo lamento y con mi actitud intentaré que se olvide».

Pasando a la esencia del discurso conviene anotar algo, sin lo que no se puede entender aquel 1933 de José Antonio. Suponía la ruptura con el camino vital que, tras estudiar la carrera de Derecho, se había planteado a sí mismo. Porque José Antonio tenía una marcada vocación pedagógica proyectada a la Universidad. El profesor Piera Labra me dijo un día: -«Yo he visto, en los pasillos de la Universidad Central, en multitud de acciones, a José Antonio Primo de Rivera rodeado de estudiantes. Estos acudían a él porque, en primer lugar, no los rechazaba como

hacían otros; existía la opinión de que sabía Derecho de modo riguroso; finalmente, era muy didáctico».

Por eso, en el ambiente reinaba algo así como que «con Garrigues, también con el hijo de Primo de Rivera, nacían unos nuevos catedráticos que marcarían un nuevo talante a la Facultad». Por eso también, discrepaba de la política universitaria de su padre. El profesor Olariaga, que era catedrático en el doctorado de Derecho y que tenía como ayudante a José Antonio –y del que también fui ayudante-, me indicó un día que José Antonio le había dicho: -«Mi padre no entiende lo que son los movimientos estudiantiles. Por eso envía contra ellos a la policía para que reprima a los opuestos a él, a golpes, en la vía pública. No se da cuenta que un estudiante castigado así, genera en la opinión lo mismo que sucede cuando en la calle vemos a alguien dar una bofetada a una mujer. Nos ponemos al lado de ésta, instintivamente, sin ocuparnos de los motivos del agresor».

Todo esto es lo que, junto con el deseo de tener un gran bufete, se encuentra en el José Antonio de la etapa postrera del reinado de Alfonso XIII. Pero todo lo cambia la agresión que políticos variados emprenden contra su padre, de modo, además, especialmente bajo, como yo por ejemplo he expuesto en mi libro *La economía de la Dictadura*. El que en 1930, nada menos que Keynes, en Madrid, defendiese la política que el general Primo de Rivera había llevado adelante y que generaba, entonces, una caída de la cotización de la peseta, no era lo aceptado por una gran masa de dirigentes nacionales. Había que actuar de otra forma en lo económico, en lo político, y era preciso manchar todo lo posible la imagen del Dictador. Reacciones contra eso es lo que apartó a José Antonio de la carrera universitaria, actitud que se acentuó con la llegada de la II República, que actuó frente al general Primo de Rivera, fallecido en 1930 en París, de modo todavía más injusto. He ahí el motivo de ese salto a la política y el abandono de la carrera universitaria.

Pero ésta dejaba en él un poso evidente. He señalado que era ayudante de Olariaga, quien además de gran economista, desarrollaba un programa sobre las doctrinas sociales entonces existentes y, desde luego, sobre las polémicas que generaban. Entre ellas, la que existía



en Gran Bretaña entre los partidarios de establecer, con el triunfo de Labour Party, un Estado socialista y los que opinaban que la transformación social única aceptable, debía venir derivada del mundo sindical, de las Trade Unions. Recordemos cómo en estas polémicas se encuentra parte del pensamiento de Ramiro de Maeztu. José Antonio tomaba nota en la clase de las exposiciones de Olariaga sobre esto que, además, tenían una audiencia que iba más allá de los estudiantes, pues en los bancos, para escuchar lo que Olariaga decía sobre Lenin o sobre MacDonald, se sentaba parte notable de la vida intelectual madrileña. José Antonio, al lado del maestro, repito que tomaba apuntes día tras día. Serrano Súñer, en paseos que di con él en Puerta de Hierro me dijo: -«Yo tengo esos apuntes. Son magníficos. Me los pasó José Antonio cuando preparaba yo las oposiciones a abogado del Estado».

Ese trabajo y esas polémicas llevaron a José Antonio a contemplar con simpatía al sindicalismo. No debemos olvidar, en este sentido, el interesante artículo sobre esta adhesión al sindicalismo

de José Antonio como solución para el problema social, del artículo firmado por Silex-Torrero Barona, -titulado «Un héroe y un sistema», publicado en *Revista Financiera*, 25 noviembre de 1954, año XLVII, nº 1.708, pág. 7-, precisamente sobre esta cuestión. Las enseñanzas de Olariaga, sus propios trabajos, esto es lo que late en el nombre del nuevo movimiento político que se expuso el 29 de octubre de 1937. Movimiento Español Sindicalista. Será Ruiz de Alda, como ha señalado Ximénez de Sandoval, el que generará el cambio al de Falange Española.

Nada de un párrafo de gracias

Mario Caponnetto

Doctor en Medicina y en Filosofía, profesor facultad Ciencias Médicas en Buenos Aires.

Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo

(Discurso de la Fundación de la Falange pronunciado por José Antonio en el Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933).

Pertenezco a una generación de argentinos educada en la admiración de José Antonio Primo de Rivera y que acunó sus primeras inquietudes políticas al son de *Cara al sol*. Tal vez los amigos españoles, que suelen asombrarse de este hecho, no tengan una adecuada dimensión de la universalidad del Fundador de la Falange, universalidad que en nuestro caso se cifra en la común pertenencia a la Hispanidad Católica. Como recuerda el gran Ramiro de Maeztu, la Hispanidad no es una raza, ni una nación ni siquiera una cultura: la Hispanidad es un *espíritu*, un lazo invisible pero poderoso que une razas, naciones y culturas; un espíritu que resiste y vive pese a los infortunios y las desventuras de nuestra historia. Por eso, sencillamente, José Antonio es nuestro.

Ahora bien, ese espíritu en qué consiste la Hispanidad tiene una serie de rasgos, de notas o de claves que se concretizan en aquello que otra gran alma hispana, Manuel García Morente, llama la etopeya del hombre hispano. El sentido militar y heroico de la vida, unido al sentido religioso, constituye uno de esos rasgos, notas o claves que permiten definir al hombre de Hispania haya nacido donde hubiere nacido y lleve en sus venas la sangre que llevaré.

Esto explica que José Antonio –paradigma del alma española– haya iniciado aquel célebre Discurso fundacional de Falange con las palabras que hemos puesto como epígrafe de estas breves líneas que quieren sumarse a la celebración y al recuerdo de aquel lejano acontecimiento que marcó, sin dudas, el inicio de la liberación de España. José Antonio, en efecto, lo dice con la mayor economía posible de palabras: *laconismo militar de nuestro estilo*. Es claro, por tanto, que el Movimiento que acaba de alumbrar con estas palabras asume para sí un estilo militar. De hecho, nada menos ajeno al Fundador de la Falange que este «laconismo militar»; le venía por sangre pues no pocos de sus ascendientes habían servido, en situaciones y épocas diversas, en las filas de la Milicia.

Pero ¿qué significa exactamente este estilo militar en un Movimiento esencialmente político y civil y cómo se explica que el propio José Antonio, un intelectual de raza, asumiera en su misma vida personal ese estilo militar que selló toda su acción política? De hecho no se trata de lo militar entendido en su sentido específico de servicio de las armas. Es evidente que se trata de otra cosa, esencialmente vinculada desde luego a ese servicio «profesional» de las armas, pero distinta. Ocurre que lo militar no es entendido tan sólo como una profesión o un arte o ciencia sino, sin desmedro de lo anterior, como una vocación, un modo o estilo de vida que lleva anexo un *ethos* de alta dimensión política y, por lo mismo, capaz de ser proyectado a todo el cuerpo social.

Ahora bien, cabe preguntarse por la legitimidad de esta extensión del estilo militar de vida (que

a primera vista parece propio y exclusivo de quienes han abrazado el noble oficio de las armas) a otros ámbitos de la existencia humana y, particularmente, al vinculado con la acción política. Sin lugar a dudas nos hallamos en un punto delicado en el que una falta de adecuada precisión puede llevarnos al vicio del militarismo que no es sino la deformación, en ocasiones hasta paródica, del espíritu militar. Si este espíritu militar puede, y aún debe, extenderse al ámbito civil es sólo en la exclusiva medida en que lo militar lleva consigo un sentido del servicio hasta la muerte que aparece, casi siempre, asociado a un profundo sentido religioso. El soldado es, por encima de cualquier otra consideración, el hombre que se prepara a morir en el servicio de sus conciudadanos. No sin razón el papa Paulo VI recordaba, en cierta ocasión, a un grupo de militares que ellos eran los hombres del amor perfecto pues *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos (Juan 15, 13)*. De aquí deriva un hecho fundamental: este estilo militar de vida conlleva el cultivo de ciertas virtudes (fortaleza, honor, lealtad, austeridad, sacrificio,



pobreza, patriotismo) que en sí mismas poseen, como dijimos, un alto valor civil pues representan las virtudes propias del hombre político; es decir, que las virtudes castrenses ejercen una suerte de causalidad ejemplar sobre el resto de los ciudadanos. Por eso el militar ostenta la forma más alta de ciudadanía: sólo los desvaríos de cierta mentalidad moderna – burguesa o marxista, lo mismo da– pretenden oponer el orden

civil al orden militar o, peor aún, el orden militar al orden religioso.

Toda la tradición filosófica y política de Occidente tuvo siempre muy en alto el significado político de lo militar. Platón, el «divino» Platón, dejó escritas páginas definitivas acerca del valor de la vida militar en la Polis; no menos Aristóteles en su *Política*. El pensamiento cristiano asumió esta herencia de la filosofía griega a tal punto que el mismo Santo Tomás distingue entre las formas de la prudencia, la prudencia gubernativa y dentro de ésta a la militar como distinta del arte militar refrendando, de este modo, la naturaleza eminentemente política de la Milicia.

Por otra parte, la riquísima tradición de las letras españolas es fuente inagotable de la alta estima en que se tuvo siempre lo relativo a lo militar y al sentido militar de la vida que con frecuencia se compara al religioso. Desde el *Cantar del Mío Cid* a Cervantes los ejemplos se multiplican a cada paso. Baste recordar, entre tantos otros, la respuesta de Alfonso de Cartagena a la famosa *Questión* de Íñigo López de Mendoza, más conocido como Marqués de Santillana, en la que el autor de las *Serranillas* le preguntaba acerca de las dudas respecto de cierto juramento que hacían quienes «habían de ir en las huestes y ejércitos» para «defensión de su patria». Alfonso responde igualando dicho juramento a los votos de las órdenes religiosas: «porque quien bien catara la regla que tiene, e con gran diligencia la quisiera observar, por ventura la fallará tan estrecha commo la de los encerrados cartuxos o de los menores descalços, que de la observancia llamamos». El mismo José Antonio, en definitiva, consideraba lo militar y lo religioso como los dos únicos modos serios de vivir la vida.

Cuando aquella tarde del 29 de octubre de 1933, en una España asediada por los enemigos y renegados de la Hispanidad, la voz de José Antonio pronunció las palabras liminares de su *Discurso* no hizo otra cosa que convocar toda esa larga tradición de siglos de Fe y de Milicia. Allí estaban con él, el Cid y Pelayo, los juglares medievales, la Escolática, los poetas del Siglo de Oro, los santos y los héroes de España, los teólogos de Salamanca, Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz y Don Quijote dispuesto a emprender su tercera salida. España entera se resumía en su voz,

en esa voz varonil que reclamaba para aquel Movimiento la gloria y la alegría de servir a España con «el laconismo militar de nuestro estilo».

Que aquella no fue retórica vana se encargaron de demostrarlo los hechos que sucedieron a aquel día memorable. Apenas tres años después, el mismo orador ofrendaba su vida en Alicante mientras miles de falangistas, junto a tantos otros españoles, regaban con su sangre los campos de batalla en la Guerra de Liberación.

Estilo brillante, culto y sensible de un joven intelectual

Arnaud Imatz

Historiador, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Derecho y Ciencias Económicas

No soy falangista, ni nacionalsindicalista, ni nacionalista, ni liberal, ni socialista; nunca he sido miembro de un partido político, ni siquiera he ingresado alguna vez en una asociación político-cultural. Soy historiador de las ideas, un «espectador comprometido» e independiente. Por ello valoro vuestra apertura de espíritu, una apertura, dicho de paso, poco común en un mundo dominado por la insoportable corrección política.

Hace unos días he vuelto a leer el famoso discurso de la Comedia. Hice dos lecturas. Una primera, dejándome llevar por la emoción del estilo brillante, culto y sensible de un joven intelectual del principio del siglo pasado. Luego una segunda, con el ojo frío casi diría del entomólogo. ¿Qué opino después de dichas dos lecturas? Pues no voy a decir que comparto todas y cada una de las ideas que contiene. ¡Lógico! Si el propio José Antonio aclaró, matizó y completó muchas de sus ideas durante su brevísima trayectoria política. Además, entre sus escritos, los comentaristas suelen oponer los discursos conservadores del 33 a los revolucionarios del 35.

En el discurso de la Comedia, hay afirmaciones y opiniones accidentales, incluso desfasadas y hay ideas duraderas, referencias, pistas de reflexión. Se encuentra en él una cosmovisión, una visión del mundo, una manera de ser y de pensar, paradójicamente ineludibles para las futuras generaciones.

Evidentemente no se debe leer aquel discurso olvidándose del contexto histórico. Ante las severas críticas de José Antonio contra los partidos políticos, ante sus palabras despectivas sobre las urnas, su llamamiento para resistir a la violencia, su toque para luchar a favor de un Estado total, al servicio de todos, numerosísimos pseudo-historiadores fingen escandalizarse. Tergiversan los hechos, camuflan lo que era entonces el mito revolucionario, es decir la lucha armada.

Estos pseudo-historiadores, digo, silencian el radicalismo revolucionario de los socialistas, comunistas y anarquistas de la época, callan el desarrollo del aparato paramilitar social-comunista, pasan por alto la inconsistencia y corrupción de los republicanos liberales e infravaloran el inmovilismo reaccionario de los conservadores. A menudo tienen hoy el apoyo de grandes medios de comunicación, pero científicamente, merecen poco crédito. Digámoslo sin rodeos, el deber de memoria histórica, no es un mal en sí, pero no debe ser un pretexto para que los más sectarios se arroguen el derecho de secuestrar la historia.

Hablando de José Antonio, existe siempre la tentación de limitarse a evocar el hombre. Resulta fácil insistir sobre sus cualidades humanas, resaltar su ejemplo de valentía física, energía, carisma y magnetismo. Basta citar los testimonios de su época y especialmente los de sus adversarios decididos pero honestos. También se puede subrayar su preocupación intelectual, su concepción del honor y de la justicia, su sentido del humor, su bondad de corazón o su cordialidad. Y efectivamente, José Antonio no era, como lo dicen tantos exaltados e ignorantes «un violento, un anti-demócrata, un fascista paranoico o histrión». José Antonio era un católico convencido; era una persona generosa, tolerante cuya formación cultural, carácter y sentido de la ironía impedía caer en el fanatismo, en la dureza patológica, en el odio al Otro, en los excesos del resentido.

Pero volvamos, aunque brevemente, al pensamiento joseantoniano. Yo creo que para entenderlo correctamente, hay que conocer su verdadera filiación; se le debe relacionar con la larga y abundante tradición político-cultural «transversal», «tercerista», cuyos valores e ideas se aferran tanto a la derecha como a la izquierda. Una tradición político-cultural, reformista o radical, evolucionista o revolucionaria, no sólo europea sino también con claras y numerosas ramificaciones en América.

En un ensayo reciente, sobre el agotamiento de la división derecha-izquierda y el desarrollo de los nuevos movimientos de tercera vía, espero haber mostrado que existen dos tradiciones occidentales que se oponen sin tregua: una, mayoritaria, la del humanismo progresista, del derecho natural secularizado, de la libertad negativa e individualista entendida como dominio del hombre sobre todo lo que no puede molestar al otro; y otra, hoy minoritaria, la del humanismo cívico-cultural y del personalismo cristiano, la de la Res Publica virtuosa, la cual considera al hombre como un ser y un ciudadano con deberes hacia su comunidad, y concibe la libertad como positiva o participativa.

Estas dos visiones del mundo siguen oponiéndose. Por un lado, la cultura neo-liberal y neo-social-demócrata, bajo el signo de la desalienación, de la secularización, del mundialismo, de la primacía del derecho individual sobre el derecho de los pueblos. Y por otra parte, en la



otra vertiente, se encuentra la cultura comunitaria, bajo el signo del arraigo, de la solidaridad, de la identidad y de la diversidad. Entre estas dos filiaciones no es difícil adivinar donde se sitúa José Antonio.

Unir y fundir las tradiciones éticas de derecha y de izquierda, es decir, ser a la vez o simultáneamente de derecha y de izquierda: he aquí la clave de la síntesis joseantoniana. La dimensión cristiana, el respeto por la persona humana, el rechazo por reconocer en el Estado o en el Partido el valor supremo, son elementos distintivos de su pensamiento. Paradójicamente, la Falange joseantoniana, movimiento que la historiografía oficial sigue calificando erróneamente de «expresión más pura del fascismo español», dista mucho de lo que la opinión común suele considerar como el

fascismo. Una opinión pública que además desconoce las manipulaciones que sufrió la figura del fundador de la Falange. Una opinión pública que se asombraría al saber que José Antonio quería que la pluralidad de los pueblos de España sea la base de amplias libertades regionales siempre y cuando dichos pueblos tuvieran: «afianzado en su alma la conciencia de la unidad de destino». Una opinión pública que se sorprendería al aprender que José Antonio escribió: «Nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos» o «El fascismo es fundamentalmente falso: quiere sustituir la religión por una idolatría»... y conduce «a la absorción del individuo en la colectividad».

Para convencerse de la actualidad de José Antonio basta recordar algunos ejes de su pensamiento:

- **Primero:** la armonización de la tradición y la revolución o, si se prefiere, en términos más adaptados a nuestra época, la conciliación del apego y del progreso. ¿Y cual es el problema, reconocido como muy apremiante por tantísimos observadores políticos de nuestro mundo globalizado? Pues precisamente la síntesis entre la defensa del trabajo y la comprensión de la identidad, la conciliación del progreso y del apego;

- **Segundo:** la crítica del capitalismo salvaje y de los efectos nefastos de la tendencia a la concentración capitalista. (¡Ya podemos observar cómo, ante la crisis financiera mundial, súbitamente van rejuveneciendo las ideas económicas alejadas de la ortodoxia neo-liberal anglosajona tan obsesionada por la desregularización de los mercados! ¡Se acabó el mito del crecimiento indefinido! ¡Hay ciclos económicos, hay ciclos ideológicos, las modas cambian!);

- **Tercero:** los reproches a la democracia representativa, formal, partidocrática, en nombre de una democracia orgánica, directa y participativa (Pregunto: ¿No están los politólogos europeos preocupadísimos por la importancia de los nuevos cruces ideológicos, por el déficit democrático, la creciente ruptura pueblo-élite y la emergencia de los nuevos populismos?);

- **Cuarto:** la teorización personalista-cristiana de la patria como «entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por su propia unidad de destino» ¡Ni particularismo absoluto, ni universalismo total! (Pregunto: ¿No está el problema de la inmigración y de la identidad de los países europeos en el centro de los debates actuales?);

- **Quinto:** el análisis de la revolución social-marxista como religión secularizada y la desconfianza con respecto a la creencia de la Ilustración según la cual la perfectibilidad del hombre sería infinita (una creencia que constituye indudablemente una de las principales fuentes de los totalitarismos modernos); (También pregunto: ¿No constituyen dichos análisis el mejor pretil contra los excesos individualistas y las tentaciones de retorno a los despotismos colectivistas?);

- Podría seguir así enumerando temas con ecos actuales, pero sólo añadiré un Sexto punto: el civismo, el servicio del bien común, la llamada al ideal colectivo, el rechazo de la separación radical entre ética privada y ética pública, el espíritu de sacrificio y de responsabilidad opuesto al espíritu de beneficio personal y de corrupción. Que yo sepa no hay valores más necesarios para nuestras sociedades del siglo XXI.

Leí recientemente en la prensa una declaración provocadora y absurda. Decía un famoso novelista: «odio a España desde siempre» y remataba «el concepto de Patria es el más venenoso de los conceptos». ¡Ya sabéis, todo lo exagerado es insignificante! Ese señor

parece ignorar que el jacobinismo liberal, el economicismo liberal y el socialismo marxista (todas teorías universalistas e internacionalistas) contabilizan más muertos que cualquier histeria patrioterica de la historia moderna. Pues libre está ese excitado señor de elegir el mundialismo, el individualismo, el hedonismo, el consumismo, el mercantilismo, la transnacionalización de los capitales y de las personas. Dejémosle pues con sus sueños mortíferos, dejémosle con su torre de Babel, su horrible modelo de rebaño o de gran mortero mundial.

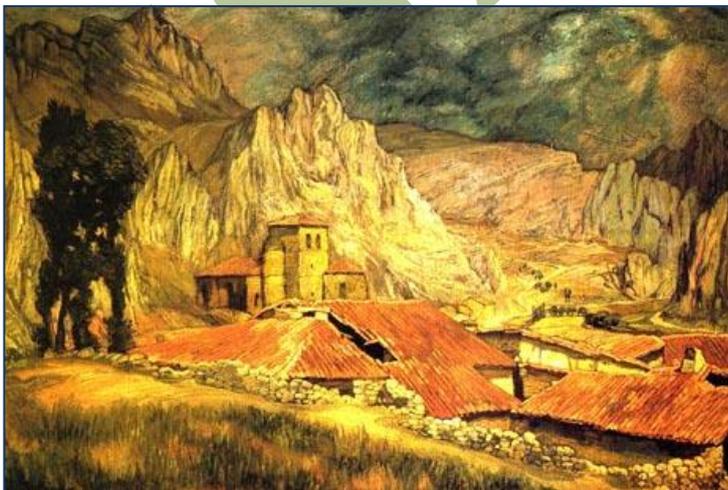
Desde luego prefiero las palabras razonables y fraternales de Benedicto XVI: «Estoy convencido..., dice, que las Naciones no deben jamás aceptar de ver desaparecer lo que hace sus propias identidades». Creo como José Antonio, que sólo el amor hacia su pueblo y su familia puede inclinar más a entender, respetar y amar otros pueblos y familias. Afirmando como Unamuno, maestro tan admirado de José Antonio: «Todo individuo que en un pueblo conspira a romper la unidad y la continuidad espiritual de ese pueblo, tiende a destruirlo y a destruirse como parte de ese pueblo». Proclamo como el llamado monje-soldado-poeta, Charles Péguy, un católico, republicano y socialista, en perfecta sintonía con José Antonio: «Yo no quiero que el otro sea el mismo. Quiero que sea el otro». Finalmente, digo como la filósofa amiga de los anarquistas en el Barcelona de la Guerra civil, Simone Weil, una ácrata, luego convertida al cristianismo, cuya obra final recuerda sorprendentemente el pensamiento de José Antonio: «El desarraigado desarraiga. El arraigado no desarraiga».

José Antonio, símbolo y signo de España

María Lilia Genta

Docente, catequista y analista político de su país (Argentina)

Cuando participamos con mi esposo, en 1997, de las *Conversaciones* en el Valle de los Caídos, nuestros amigos de la Hermandad se asombraron de que a pesar de nuestros itálicos apellidos conociéramos no sólo *Cara al sol* sino además todas las canciones de la Falange y ¿por qué no? hasta la última de las cóplas de los Requetés que se entonaron antes, durante y después de la Cruzada. Esto tiene su explicación por nuestra pertenencia a la Hispanidad.



¿Cómo fui educada yo, nacida en los años cuarenta en el seno de una familia católica y nacionalista (entiendo que la palabra *nacionalista* suena muy mal en España pero aquí equivale a tradicionalista)? Mi padre, el filósofo tomista Jordán B. Genta, asumió siempre como el fundamento de su pedagogía, aplicada tanto en su familia como en su cátedra, el magisterio y la ejemplaridad de los arquetipos. Así fue como desde mis ocho años me llevaba cada 20 de noviembre al histórico Convento de Santo Domingo donde en el Camarín de la Virgen del Rosario (allí

guardamos las banderas conquistadas a los ingleses en 1807) se rezaba la misa por José Antonio. En el atrio de esa misma iglesia aprendí, alzando el brazo, al lado de mi padre, a cantar el *Cara el sol*. También allí aprendí a corear los ¡*Arriba!* y los ¡*Presente!* Unos pocos años después me sabía de memoria largos trozos de los discursos de José Antonio en los que exponía su política poética.

José Antonio, arquetipo de las juventudes, pervive hoy en mi alma en la medida exacta en que me lo presentó mi padre.

En los artículos a los que me refiero al principio de estas líneas encuentro una suerte de incompreensión de lo que significó para España la figura de José Antonio que fue, nada más ni nada menos, que el símbolo y el signo más pleno de la Hispanidad en el siglo XX como pudieron serlo en el pasado Isabel y Fernando. Estos autores se empeñan en una suerte de «dissección» de José Antonio. Alguno, en su afán de hacerlo «políticamente correcto» a la usanza actual, se desvive por convertirlo en un demócrata cabal, enemigo del Alzamiento. Otro corre detrás de una valija que, al parecer, contiene papeles que documentarían la oposición de José Antonio a un alzamiento militar. Pero resulta que yo, a los dieciocho años, sabía de memoria la *Carta a los militares de España*, modelo, por desgracia nunca cumplido, de todos nuestros intentos de salvación nacional por las armas en nuestras vapuleadas repúblicas. Evoco, en este momento, a un joven oficial de nuestro Ejército haciendo desfilar su sección, en un Regimiento en nuestra remota Patagonia, a los sones del *Cara al sol*.

Resulta que al señor Tomás Salas, autor de *José Antonio y sus equívocos (Altar Mayor, número 167, Tomo 2, septiembre-octubre 2015)*, lo asusta que Franco haya «usado» como mito al Fundador de la Falange para lograr la unidad de España, sobre todo de las diversas fuerzas políticas que lo acompañaron, en la posguerra. No creo que haya sido fácil integrar a los monárquicos liberales, a los requetés, a la Falange y a la CEDA, sin excluir a ninguno puesto que todos habían peleado en la guerra junto a las fuerzas armadas. Por eso considero un acierto político del Caudillo haberse apoyado en los símbolos o «mitos» como lo llama Salas (de hecho, nada malo hay en el mito si se entiende rectamente el sentido profundo de esta palabra).

También noto, en este mismo autor, un cierto acento peyorativo al resaltar que hombres provenientes de distintos sectores pudieran vestir la camisa azul; y nombra, entre otros, nada menos que a Eugenio D'Ors y al Conde de Foxá. ¿Y por qué no habrían de vestirla si todos estaban consustanciados con la España eterna?

Por supuesto que José Antonio, en apenas tres años, no pudo elaborar un *corpus* de doctrina política que le fuera enteramente propia. Entendemos que por la edad y la época se sintiera atraído por distintos pensadores y figuras procurando abreviar en ellas con el entusiasmo que caracteriza a los jóvenes. Nunca sabremos cuál hubiese sido el pensamiento maduro de José Antonio; por esto mismo cuanto pueda suponerse no pasa del plano de las conjeturas.

Estos eruditos señores, empeñados en una tarea de vivisección arropada de ciencia histórica, debieran entender que José Antonio es un símbolo metahistórico. Con esto no pretendo tachar de ilegítima la labor de los críticos históricos, por supuesto muy necesaria. Pero en ocasiones el historiador no ha de perder de vista que ciertos hombres, por su singular significado, exceden el marco de la sola y rigurosa tarea de la crítica histórica.

Desde el páramo espiritual en que se ha convertido mi Argentina contemplo el páramo espiritual de la Madre Patria. Creo que si algo puede hoy levantar a España es el resurgimiento de los símbolos: que alguien vuelva a decirle ¡*Castilla, otra vez España!* y vuelva a velar las armas bajo las estrellas.